

mercancías, sale usted facturado en el furgón, y no para hasta la frontera.

Desde allí, si no tiene usted dinero, sigue á pie el viaje á su pueblo; y allá en España excomulgan á usted los periodicos, diciendo: — *¿Pa qué se metió?...*

¡Todo per la *Tríplice* y *Sikirrikliqui*!

PAISAJE

Acabábamos de comer en *La Pesca Milagrosa*, así llamada porque los peces, cautivos en balsas, salen coleando del río para entrar en la sartén. Desde la espaciosa galería, de par en par abierta, por entre hojas de vid y macetas de flores, veíanse aún los islotes que recorta el Sena, las siluetas, borrosas ya, del pintoresco caserío de Meudon; y de trecho en trecho, entre el tupido follaje de tal casa campestre, suspendida como un nido, ó de tal restaurant con entrada en forma de embudo, vestido de ramajes, brillaba una luz alumbrando la caída de la tarde en el fondo del río.

Me levanté para despedirme de mi compañero de mesa.

— *¿Cómo? ¿Tan pronto?*

— Sí: porque hay mucho camino hasta la estación de Lyon. Voy á ver á Dodds, que llegará á las diez y cincuenta y siete minutos.

— Pues ¡*á la!* También voy yo.

Y salimos pitando en un vaporcillo fanfarrón,

cuyos borbotones de espuma amenazaban con tragarse los islotes, el caserío, el paisaje todo con sus verdes lomas de campo fresco é independiente...

*
* *

Como murmullo de monstruosa ola abortada por cataclismo geológico, llegaba á Marsella, extendiéndose por los boulevards, el ruido de la fama del vencedor de Dahomey.

La pasión política, que todo lo analiza y disea, murmuró que el triunfo se atestiguaría mejor que con el escabel, traído como botín de guerra, del toseco trono de Behanzin, con el mismo Behanzin, que hubiera sido capturado para exhibirlo en jaula como otro Toussain Louverture; y que no valía la pena de haber vertido tanta sangre, y gastado veinte millones de francos, para recoger, en suma, como trofeos de la victoria, unos bastones con dioses pintarrajeados, un mono, y una negrita que da miedo con su vaporosa bata de seda azul.

Pero la inmensa mayoría del público aclamaba al vencedor, y el vencedor estaba allí, resquebrajado el semblante, enrojecidos los ojos, con la fisonomía tristonca que se adquiere en la letárgica tierra de Dahomey, bajo la sombra pérfida que proyectan los árboles, de entre los cuales surge, produciendo escalofríos, el azarante *sit sit* del pájaro invisible, al pie de los pantanos, orillados con siniestras sonrisas de socarrones reptiles, que con lágrimas en los ojos

y con los colmillos de fuera, esperan riendo la hora de matar...

*
* *

— ¡Viva el general Dodds!

— ¡Viva el VENCEDOR!

— ¡Vivaaaa!...

Salido de todos los labios vibró en el anchuroso andén, ganó las afueras de la estación extendiéndose por todas las calles vecinas; en tanto que el victorioso caudillo era arrebatado triunfalmente por la multitud clamorosa.

Vimos entonces una cosa singular, que no estaba en el programa. Vimos una señora, de porte humilde, con un sombrerillo de paja ordinaria, ir de un lado á otro, desorientada, confusa, medrosa, preguntando á voces: ¿*Dónde, dónde se ha ido?*... exclamando otras: ¡*Dodds!* ¡*Dodds!*

La ovación se lo había robado. Por verle y abrazarle antes que nadie, hizo un penoso viaje á Marsella. Llegó, y la encerraron en la Prefectura, como si hubiera cometido un delito, como si el gran vencedor pudiera ser para ella otra cosa que su hombre; y allí tuvo que esperar pacientemente el desfile del mundo oficial, las ceremonias de ordenanza, el interminable vocerío de los vivas; allí, en un rincón, modesta y sola, ella que había pensado en él, durante la ausencia, por todos aquellos desconocidos que le aclamaban, y que en aquel momento hubiera dado á su general por su cadete de antaño, cuya

posesión no le disputaba nadie y que no soñaba con más gloria que con la gloria de amarla, en el balcón, en la calle, en misa, en todas partes, al amor de la lumbre en invierno y á través de los campos floridos durante las breves tardes de la primavera amorosa. Y aquí, en París, cuando no había tenido tiempo de decirle nada, se lo quitaban también, porque ella no era mujer de mundo, sino aldeana que venía del campo á vitorearlo en silencio, con su sombrerillo de paja — ¡y esa prensa parisiense, tan galante, que no suplicaba, sin embargo, que se lo dejaran á solas un momento!...

*
*
*

De *Le Temps* :

« En el ministerio de Marina se efectuará mañana, en honor del general Dodds, un almuerzo de catorce cubiertos. La señora de Dodds, muy fatigada, no asistirá. »

— ¿Sabe usted lo que pienso? — observó mi amigo. — ¡Que más feliz que de generala estaba de coronela esa señora!

— *Pues* ¡esa es la gloria! No vayamos á Dahomey, amigo mío; no capturemos á Behanzín, ni cojamos monos, ni negritas con batas azules. ¡Bebamos buen vino Borgoña y merendemos pescadillas en *La Pesca Milagrosa*!...

LOS MATONES

Alejandro, empleado en *LA DISCUSIÓN*, es un mulato inteligente, discreto y leal. Vive de su trabajo honrado, cumple con su familia y con la sociedad, y procura identificarse moralmente con el periódico que le da el pan de cada día. Sin embargo, no es popular. Porque no ha apaleado á su padre, ni ha mancillado su hogar, ni ha muerto á nadie en un duelo. Pero, á pesar de estas deficiencias, se le quiere y se le estima.

Alejandro, amigo de los redactores de *LA DISCUSIÓN*, nos entera cariñosamente de los elogios y de las censuras que se nos dirigen.

Cada vez que un periódico de la Habana me dispensa el honor de aplaudirme en cuanto literato, me lo cuenta Alejandro con cara de Pascua. Pero nunca como ayer retozó en sus labios la alegría del triunfo.

— ¡Por fin!... ¡ya tiene usted lo que le faltaba! ¡una ristra de insultos!...

— ¿Es posible, Alejandro? ¿Quién me los hace?

— Un periódico que, en estos mismos días, —

porque usted acaba de llegar de Madrid — le ha dirigido saludos y plácemes.

— No lo entiendo. ¿Será tal vez algún acreedor mío no *presentido* — como diría Fernández y González — que quiera sacarme el dinero?...

— El artículo no está firmado. Yo he tomado nota de los motes. Oiga usted.

« *Maton* (¿yo? ¡si no he asesinado á nadie!) ¡*explotador* (¿de minas?) ¡*perdonavidas literario* (ahí duele); *tránsfuga de los intereses africanos* (¡cielos! ¿seré canibal á lo Jamerson?) *enemigo de la humanidad* (ese debe ser título venezolano, así como Gran Demócrata, Ilustre Americano etcétera); *farsante sempiterno y vil gusano de fétida alcantarilla* (ó linfa Kock sempiterna de alcantarilla fétida de vilgusano... ¡pero qué tontos hizo Dios á los señores que escriben eso!) *jugador* (de primera á los bolos); *satírico fullero* (¿qué más bombo? ¿ó se toma el fullero por las hojas?), *especie de podredumbre de hospital* (otro tituló venezolano); *antillano renegado* (leyendo eso reniega cualquiera de todas las Américas); *vibora, desdeñoso, puerco, mala persona, basura del arroyo* (¡Dios me asista!) *mono, Luigi Vampa* (¡guardias, á esos!), *escarabajo* (¡barajo, no tanto escarbar, no tanto!)

— Basta, Alejandro amigo, eso es una letanía sin *ora pro nobis*.

— ¡Pero si no he acabado todavía!

— ¿Qué dices, insensato?

— Le llaman á usted negrero.

— ¡Yo, con negros! ¡Así me lo hiciera bueno el periódico!

— También...

— ¿Hay más rosario todavía?

— Sí, señor. Dicen que fué usted « Luis el republicano » y más tarde...

— Luis XVI! ¡y me guillotinaron!

— No, señor, no : Luis el cubano.

— Lo cual quiere decir que los cubanos no pueden ser republicanos, y que los republicanos no pueden ser cubanos. La cosa tiene gracia.

— Y también (¡socorro!) le dicen á usted hambriento.

— Pues mira tú, eso sí que tiene *chiste*. Porque si soy pobre, mal puedo ser explotador *etcétera, etcétera*. En esto de los negocios, la verdad es que tengo tan poco pesqui, que no se me ha ocurrido siquiera fundar un periódico dedicado al pillaje de honras, vidas y haciendas.

¡Y eso es un gran negocio!

— Usted lo echa todo á bromas.

— No que no. Si yo mereciera esos hermosos calificativos, ¿tenía más, para ganar la vida, que echarme á García de los caminos, ó á emborrador, sin *sindéresis*, de algún papel de mal vivir?

Yo soy quien soy, querido Alejandro. ¿He de enfadarme por que se le ocurra á Fulano, ó á Zutano, calificarme de escarabajo? ¡Así lo fuera, para ocultarme y no ver las infamias humanas! ...

Poco después de haber celebrado con Alejandro la anterior *interview*, y saboreado un *coktail*, medité seriamente.

Es indudable — me decía yo — que no he venido

al mundo con el propósito de ejercer de homicida. No entra en mi carrera ni en mis sentimientos, la aspiración de ser *matasiete*. El matonismo alcohólico, cuyo origen se pierde en la penumbra de la edad del mamouth, resulta, en este momento de las luces, soberanamente ridículo. Un matón con el verdor de los epilépticos en el rostro, duro el entrecejo, fiera la mirada; con la tizona chorreando sangre en la mano derecha y llevando en la izquierda la cabeza del muerto... « he aquí la cabeza de don Sisebuto, á quien maté: ¡recordadlo! » (Recordad en cambio á Girardin llorando sobre el cadáver de Carrell.) Un caballero así sería risible. En Inglaterra le pondrían á buen recaudo en una casa de Orates. En España le matarían á palos los vecinos, y las autoridades harían la vista gorda!

Javier de Burgos lo ha dicho: los valientes y el buen vino duran poco. Los mismos valientes de oficio y beneficio tienen su *jindama* correspondiente, y se vantan para no estar solos y porque Dios los cría. — En el pueblo hay dos valientes... El uno soy yo con tantos muertos (y cuenta los nudos de una cuerda). — El otro es usted, ¡compadre! (y cuenta los nudos de la cuerda respectiva).

Pues bien: yo no tengo cuerdas de cráneos; — tengo una pluma. — El calificativo de matón, (aunque sea literario), me encocora, porque el matón — ha dicho Víctor Hugo — es una variedad del asesino.

El mundo de los matones de oficio no es el mundo de los periodistas; es el de los ratas y chulos de plantilla. No conocen á la sociedad. La sociedad no les

conoce tampoco. Si se acercan á ella, la sociedad llama en su auxilio á la Guardia Civil, ó á la pareja de orden público; y las autoridades, cuyo primer deber es velar por la vida y la honra del ciudadano, se ponen de parte y al lado del hombre digno que se halló en la triste necesidad de repeler brutalmente el atentado de una partida de fascinerosos.

No; yo no soy de esa calaña, y lo digo con pesadumbre, convencido como estoy de que en este planeta podrido *viste* y atemoriza el hombre que tuvo la desventura de matar á otro. — Vázquez Varela fué popular entre los ñañigos cuando se le tuvo por parricida. Hoy, absuelto libèrmente, apenas se llama Pepe.

En el mundo del periodismo, al cual pertenezco con honra, he tenido, merced á rozamientos políticos y literarios, alguno que otro disturbio de índole personal. Recuerdo á este propósito que el 6 de septiembre de 1884 publicó *El Progreso*, que era entonces el periódico de más circulación de la villa y corte, un acta suscrita por dos amigos míos dando por terminada una gestión que les encomendé; y copio del acta un párrafo final... « En vista de lo cual, los abajo firmados dan por terminadas sus gestiones para llevar á cabo el lance de honor que exigió nuestro representado, Sr. Bonafoux, y en cumplimiento de nuestro cometido libramos esta acta en Madrid á 5 de septiembre de 1884. »

Y yo celebré sinceramente dicho resultado; puesto que con aquel acto no pretendí ejercer de matón, ni tampoco exhibirme vana y criminalmente, sino pro-

ducirme como hombre digno que se halla en el estrecho de pedir reparación á quien, por ser caballero, y tener honor que guardar, está en condiciones de entenderse con otro caballero.

No he pretendido imponerme á nadie, y, caso de pretenderlo, procuraría hacerlo por la fuerza de la inteligencia.

He ahí, en síntesis, la historia de mi pasado, que es garantía de mi porvenir; y á mis difamadores gratuitos les recuerdo estas palabras de Lanjuinais: « Aunque amontonéis ofensas sobre ofensas, calumnias sobre calumnias, y os montéis sobre todas ellas, nunca llegaréis á ser tan grandes como mi desprecio. »

* * *

Y oye, Alejandro, tráeme otro *cocktail*.

Habana-Enero 1891

Á TRAVÉS DE PARÍS

— ¿Tiene usted bastante con medio litro?

— Sí; y ahora voy á hacer fuegos artificiales.

Y la señora Schlegel salió de la tienda de ultramarinos con una botella de petróleo.

La señora Schlegel es una mujer de pelo en pecho — insolente, atrabiliaria, brutal — todo lo contrario de su marido, que era un bendito, « carne de cañón » (en el cual hacía presa todos los días la irascible compañera); tan papanatas *de suyo*, que hizo á su madre esta confesión: « Anoche quiso matarme mi mujer. La sorprendí en el momento de incendiarme la cama. La he perdonado, porque me ha dicho que no lo volverá á hacer. »

Segura de que no había de pasarle nada, la mujer Schlegel era una hiena que se cebaba en el despojo de un marido que no tenía voluntad propia.

Acababan de comer, y, como de costumbre, la señora Schlegel propinó á su esposo el consabido postre de insultos y arañazos. El buen hombre resolvió acallar la tempestad metiéndose en la cama...